



JUAN PABLO LÓPEZ MENDÍA

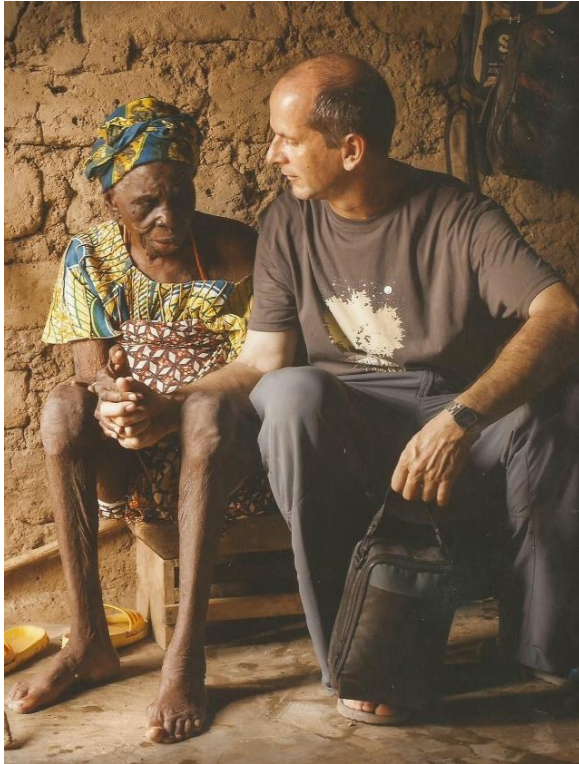


Foto: Diego Ruiz Quemada

Juan Pablo López Mendía es un riojano que abandonó sus estudios de medicina para ingresar en el Seminario de Logroño. Allí estudió Filosofía y Teología, fue ordenado en 1988 y vivió sus primeros cuatro años como sacerdote. En la sierra riojana vivió cuatro años más realizando su labor en las parroquias rurales de montaña. Durante estos ocho primeros años, aprovechó para hacer la licenciatura en teología pastoral y el doctorado en teología moral, con especialización en bioética.

Poco después, su nuevo destino fue Benín (Africa subsahariana), donde ha vivido los últimos 21 años compartiendo su vida con los “baribás”, los “gandós” y los “peuls”. Hoy está de nuevo en su diócesis riojana, junto a su madre, hermanos y sobrinos, empezando una nueva etapa.

Nada más llegar a Benín, el obispo de la diócesis de Parakou le nombró consultor y responsable de la mitad de la diócesis y de sus programas de desarrollo. En el año 2000, se creó la nueva Diócesis de N’Dali, como una escisión de la de Parakou y fue nombrado Vicario Episcopal para el Desarrollo.

Es en ese momento cuando comienza su relación con Manos Unidas junto a los que trabajó en un programa de formación de la mujer en salud, higiene, alimentación y derechos de la mujer y del niño en todas las parroquias de la Diócesis. Asimismo, trabajó en programas destinados a enfermos de sida, a luchar contra el tráfico de niños o a promover el acceso al agua -embalses y pozos-.

En 2006, se centra en la Provincia de Sinendé y es allí, junto con sus compañeros sacerdotes, donde lleva adelante un programa intenso de desarrollo comunitario de base.

Desde que llegó a África se preguntó por qué los misioneros tenían alimentos, casa, agua, electricidad (aunque fuera de 12 voltios) y, en caso de enfermedad, posibilidad de ir al hospital... y, cuando miraba por la ventana de su habitación, veía a los vecinos que comían un día sí y otro también la pasta de maíz y nada más; que la casa



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

en la que habitaban eran chozas de barro, muchas con techo de paja que se solían derruir en cada estación de lluvias; que tenían que ir a buscar agua muy lejos de sus casas, hasta 5 kilómetros en la época de sequía y que a veces volvían a casa con agua de color marrón; que se alumbraban con lámparas de petróleo; que en caso de enfermedad no había ni dispensarios ni medicinas y que la mayor parte de los alumnos no tenían más posibilidad que asistir a la escuela primaria en el mejor de los casos.

Entrar de puntillas en un rincón de Africa, sin conocer la lengua ni las costumbres, y tener paciencia, le ayudó a descubrir la riqueza de la gente, sus ganas de vivir y de salir adelante. Allí aprendió a COMPARTIR LO QUE IMPORTA.

El punto de partida de cada actuación o programa llevado a cabo en esta región fueron siempre las ideas y necesidades expresadas por las agrupaciones de mujeres y por los catequistas y presidentes de comunidades. Ellos, conocedores de la realidad en las 28 localidades que componen la provincia de Sinendé (2.500 km² y 95.000 habitantes), han sido no sólo los beneficiarios de los programas llevados a cabo, sino los que han dado las ideas, los que han movilizadado a la población durante la ejecución de los mismos y los gestores de los programas hasta el día de hoy.

El trabajo en red, tanto con la población local de cualquier etnia, religión, ciudadanos o autoridades, como entre los financiadores de Benín, España, Francia, Alemania, Estados Unidos... ha hecho más efectivo el desarrollo global de la región.

Unir las manos de unos con otros es siempre posible y, como él mismo dice, facilita que la tarea sea de todos, todos sean igualmente importantes, tengan la misma dignidad y tengan claro que en este mundo se trata de COMPARTIR LO QUE IMPORTA.